

1.000 HOTELES EN 10 AÑOS

MALLORCA

Esta es una de las múltiples crónicas «posibles» sobre Mallorca. Me declaro involuntario y obligado silenciador de las restantes. Un semanario tiene su medida y sus exigencias, a las que, incluso un tema tan rico, complejo y tumultuoso como Mallorca, tiene que someterse. Acepto de antemano la acusación de esquematismo y de parcialidad. Me conformaré con que me sea reconocido el deseo de no dejarme ganar por el gran espectáculo turístico y de haber metido en estos pocos folios algo de su trastienda.

Texto: JOSE MONLEON · Fotos: SANCHEZ MARTINEZ

ADemás
DEL
TURISMO

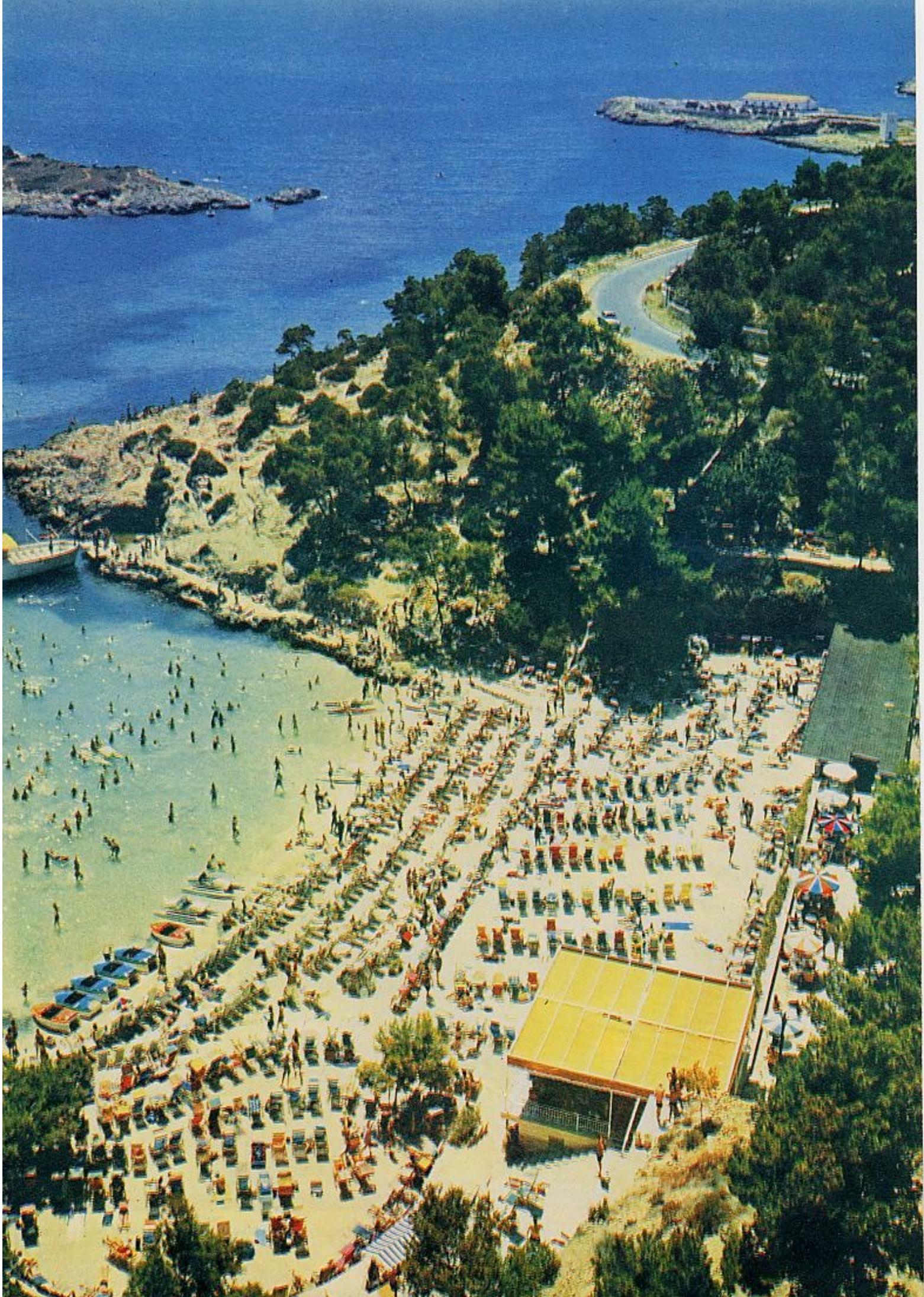


24 de julio. Al aeropuerto de Son San Juan llega el turista un millón. Se trata de Lea Smith, 20 años, farmacéutica de Amsterdam, quien sin saber aún su afortunada oportunidad, desciende por la escalerilla del avión precediendo a su novio. Un segundo después: fotógrafos, flores y unas bonitas vacaciones gratuitas en Mallorca. Se confía en que el turista «dos millones» aún llegue dentro de 1965. A la derecha, una infinidad de hamacas multicolores, geométricamente dispuestas, que en su casi totalidad son ocupadas por turistas extranjeros. Estamos en la playa de Illetes, a muy pocos kilómetros de Palma. El rito, ya se sabe: de la hamaca al mar, del mar a la hamaca... El Arenal ofrece idéntico aspecto.

El paisaje está ahí, quieto, sin que nadie lo describa; sus habitantes van de un lado para otro, trabajando para sí o para los demás, sin que nadie, aparte de algún modesto escritor local, los ensalce o los ponga en la picota. Hasta que, un día cualquiera, un viajero famoso "descubre" aquel rincón, y tierras y habitantes pasan a ser propiedad común. George Sand se considera a sí misma la "descubridora" de Mallorca, aun aceptando que otros viajeros habían pasado ya por la isla y escrito sobre ella.

"Un invierno en Mallorca" es, en definitiva, el documento con el que quiso —años después de su viaje— dejar constancia de su "descubrimiento". La isla está llena de recuerdos brillantes —escritores y pintores vivieron y trabajaron allí—, pero preguntad a cualquier hombre medio-occidental cuáles son los nombres que asocia a Mallorca y citará en seguida los de George Sand y Federico Chopin. Con ellos empieza en realidad la historia del turismo mallorquín.

SIGUE





Cerca del aeropuerto, en la finca de un «pagés». El enorme «Chrysler», des pintado, junto a un montón de paja y ese viejo molino. Para comer, una olla de fideos: «Nuestro problema es que no hay gente para trabajar la tierra...». George Sand escribió: «En ningún sitio había visto trabajar la tierra con tanta paciencia y con tanta calma».

el turismo, según george sand

La escritora se pregunta sobre las causas del deseo de viajar, de ir a cualquier parte, siendo así que esto supone perturbaciones e incomodidades. He aquí la explicación que da en su siempre interesante «Un invierno en Mallorca»:

«El orden social, al no tener las simpatías ni hasta de los que lo defienden, no satisface a nadie, y cada uno de nosotros va por su lado a donde le place. Uno se arroja en brazos del arte, otro se abisma en la ciencia, el mayor número se aturde como puede. Todos, en cuanto tenemos una pequeña oportunidad y dinero, viajamos o, mejor, huimos, puesto que lo importante no es tanto viajar como partir. ¿Quién de nosotros no tiene algún dolor que olvidar o algún yugo que sacudir? Ninguno. El que no esté absorto en el trabajo o envilecido por la pereza es incapaz, estoy seguro, de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio sin sufrir y sin desear el cambio».

Evidentemente, estas razones psicológicas del turismo subsisten. Sólo que nuestro tiempo ha añadido otras, algunas de las cuales —me refiero a la consideración de la salud física— ya estaban implícitas en el viaje de George Sand, que fue con dos enfermos —Chopin y un hijo suyo— en busca del clima y la calma de Mallorca.

El edeseo de huir de la vida cotidiana y la esperanza de acumular reservas de salud son, pues, dos motivos clave del viaje. A los que ahora se añade la necesidad de un descanso y de una aproximación a la Naturaleza que venga a ser compensación del disparatado automatismo de la vida contemporánea.

Se habla también, a menudo, de las ventajas culturales del turismo. De lo que hay en él de conocimiento de nuevas tierras, nuevas sociedades, nuevas gentes. Se dice —y con razón— que este anual salir del rincón en que se vive y se trabaja aumenta nuestra comprensión y nos somete a periódicas y benéficas crisis de principios. Se aprende a respetar lo extraño y, en las inevitables confrontaciones, lo más estrecho cede a lo más racional.

Hoy, el carácter masivo del turismo ha introducido elementos sociológicos que no se daban en la época de los viajeros-artistas o los viajeros-aristócratas, que era la época de George Sand y hasta puede decirse que una etapa que apenas acaba de morir; con todo, quiero transcribir una idea de George Sand que sigue siendo válida, si pensamos que el edeseo de huir es uno de los factores determinantes del turismo: «Si pudiéramos abstenernos de la vida colectiva y aislarnos de todo contacto con la política durante algún tiempo, nos asombraríamos, al regresar, del progreso realizado durante nuestra ausencia. Pero este don no nos ha sido otorgado, y cuando huimos de los problemas para buscar el olvido y el reposo en el seno de algún pueblo que marcha con más lentitud o que posee un espíritu menos ardiente que el nuestro, experimentamos allí males que habríamos podido prever y nos arrepentimos de haber dejado el presente por el pasado, los vivos por los muertos».

Esta es una paradoja permanente. Todos los que consiguen escapar definitivamente de sus límites auto-determinadores y alcanzan una paz para cuya medida no están hechos, suelen desmedularse, vencidos por la calma y un nuevo y bucolico concepto de la sabiduría.

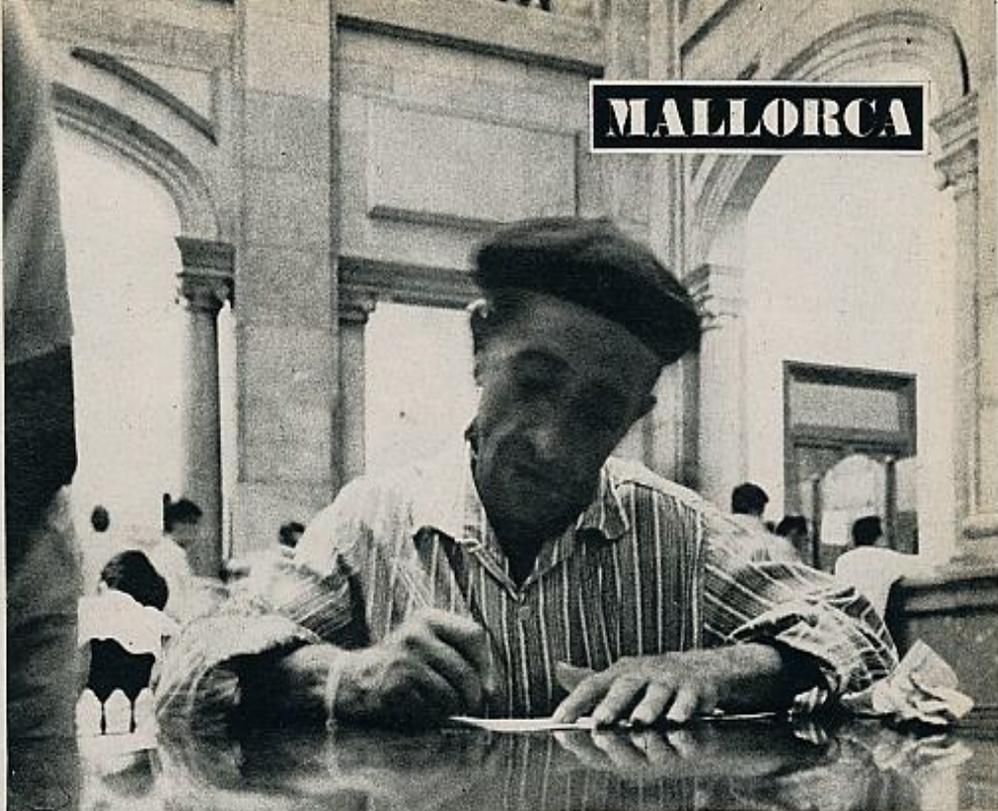
La cuestión es ésta: el turismo —tanto para quien lo hace como para quien lo recibe— debería ser un instrumento conscientemente progresivo y nunca un simple fenómeno que ayude a seguir «dejando el presente».

el campo mallorquín

Sigamos, de momento, con la Sand, autora de la primera gran guía popular de Mallorca. Dice: «En ningún sitio he visto trabajar la tierra con tanta paciencia y con tanta calma. Estos isleños no conocen, según se dice, la miseria; pero en medio de los tesoros de la Naturaleza y bajo el más bello cielo, su vida es más ruda y más tristemente sombría que la de nuestros campesinos. Los viajeros acostumbraban a hacer frases sobre la felicidad de estos pueblos meridionales, cuyos rasgos y tipos pintorescos se les presentan el domingo a los rayos del sol, y cuya falta de ideas y de previsión toman por la ideal serenidad de la vida campestre. Es un error que yo misma he cometido, pero del cual estoy curada desde que he visto Mallorca».

Independientemente de las opiniones sobre Mallorca en particular que se encierran en el párrafo, es evidente que la escritora maneja ideas cuyo valor general sigue siendo indiscutible. Y que conviene repetir. La imagen dulcemente de- **SIGUE**

MALLORCA

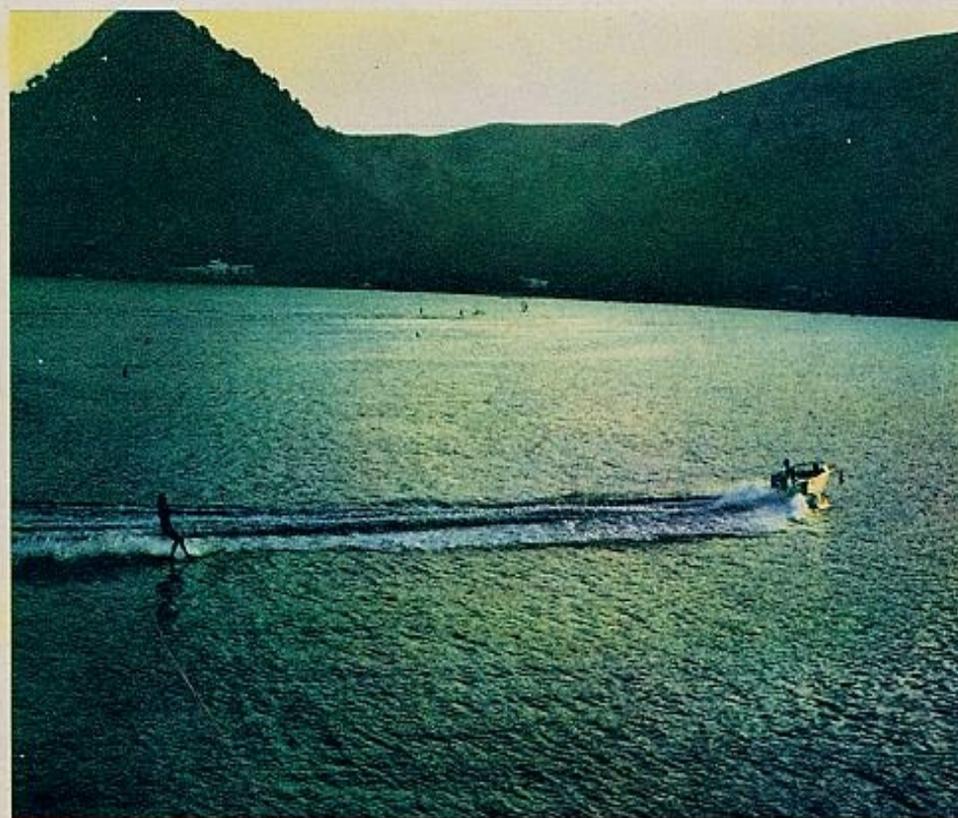


La oficina central de Correos en Palma. Un obrero peninsular llena pacientemente su impreso de giro postal con gesto concentrado. Abajo, un «celler» repleto de turistas en Binisalem, la «bodega» de la isla.





Arriba, edificios de apartamentos se elevan sin cesar en las proximidades de la capital balear. A la derecha, las grandes barcas de pesca descansan en el puerto de Palma antes del quehacer nocturno. Abajo, la inigualable bahía de Formentor, uno de los parajes más bellos del mundo. Costas dibujadas por la espuma, mar de un azul rubendariniano...



MALLORCA



SIGUE



Por cien pesetas, «corrida» y sesión de flamenco. «Typical» para turistas. El becerro, sin ningún miramiento, se lleva por el aire al «torero». Las carcajadas estallan.

formada de la epaz de la sílaba ha sido una poesía interesada. Durante mucho tiempo esta magnificación de lo campesino, este canto a la felicidad y a la sencillez del rústico, ha jugado el mismo papel que el juicio final en un Auto calderoniano. Bien es verdad, decía Calderón, que el rico gozaba de esta vida. Pero, ¡pobre de él en el día del Juicio! Para el sistemático glorificador de la Naturaleza, las cosas van por el mismo camino: ¿Qué mayor privilegio que este de vivir y trabajar en el hermoso campo mallorquín? ¿Cuántos amaneceres y puestas de sol no se pierde el sufrido habitante de las grandes ciudades?

Más modernamente, los caminos de «exaltación popular» han incorporado otras razones. Rechazada la cultura burguesa, se ha producido una sistemática supervaloración de cuanto era ajeno a la misma. A la mitificación bucólica ha sucedido una mitificación populista y revolucionaria igualmente inexacta. Como denunciaba George Sand —y es curioso citarla a este respecto— hay que evitar «rehacer», según nuestros intereses, nuestras ideas o nuestro sentimentalismo, la imagen del campesino. De hacer esto, como tantas veces se ha hecho, la evolución se detiene, sean cuales sean las palabras.

Cruzando los hermosos paisajes de Mallorca, el nuevo paraíso del turismo, he sentido la necesidad de hablar un poco, de mirar despacio, a quienes cultivan y viven en esta tierra.

los brazos de la isla

La primera parada la hemos hecho en una finca cercana al aeropuerto. Antes de meter el coche por otras tierras de la isla, quise hablar con el «pagés»



que vive cerca de Palma. Nos metimos en una finca que luego supe que se llamaba Son Moraduch. El dueño, Miguel Pocovi, nos recibió afablemente, encantado de que le retratasen. Le gustaba que estuviésemos allí y que viéramos pasar los aviones por encima de su viejo molino, casi rozándolo. La mezcla del olor a cerdos, la abundancia de moscas y el ruido de los motores de aviones y coches era el ambiente en que vivía. Tenía para comer una olla de fideas. Había pedazos de hielo en el agua. Cerca andaba un niño casi desnudo.

—Nuestro problema es que no hay gente para trabajar la tierra. No encontramos peninsulares, que prefieren trabajar en la construcción. Y de mallorquines, ni hablar. Todos se han metido en los hoteles.

Miguel Pocovi me habla del monopolio de la leche, que le corta la posibilidad de venderla directamente a los hoteles. También me habla de Madrid, una hermosa ciudad en la que estuvo no hace mucho tiempo.

Salimos de Son Moraduch. El dueño nos acompaña hasta la puerta. Señala un enorme «Chrysler», despinado, ya color de tierra, que está al lado de un montón de paja.

—Tengo coche, vespa y bicicleta. Así es como vivir en Palma.

Nos hemos pasado a la carretera de Inca. Cruzamos Binisalem, la «bodega» de la isla. De allí sale un vino excelente, negro, espeso, que los turistas se tragan en los «cellers». Inca da la bienvenida con los anuncios de sus numerosas fábricas de calzado. Nos paramos cerca de la plaza, donde se celebra el mercado semanal. Frente al más famoso celler —Can Ripoll, fundado en el siglo XVIII— hay un viejísimo autocar, con la inscripción: Ferrocarriles de Mallorca. No sé si en broma o en serio le piden a Sánchez Martínez cien pesetas, que no da, por hacer la fotografía. Me dicen que de allí mismo salían los autocares que iban a la ermita de Santa Lucía, donde se han celebrado diversos cursillos de Cristiandad, fervoroso movimiento religioso al que no es ajena la presencia de un turismo eróticamente desenvuelto y con ganas de sol. En la plaza, presidida por un templete de música, y protegida por varios árboles de grandes hojas, abundan los puestos de melones, ante los que se plantan turistas desmadejadas. Los vendedores son mujeres

SIGUE

MALLORCA



Las monedas, a veces de diez céntimos, caen sobre la arena que los diestros escarban procurando no descomponer la figura. Luego, las capas quedan sobre la arena y se invita a los turistas a practicar suertes toreras.



Junto a la placita, vino español y flamenco. Flamenco fue para el turismo. O quizá un flamenco por camelos que tiene su razón de ser y hasta su coraje.

MALLORCA

de piel curtida que se protegen del sol con enormes sombreros de paja. Allí, en la misma plaza, está la Secretaría del Constancia, equipo de fútbol que acaba de ascender a Segunda División y cuyos fichajes —el entrenador será Quique, antiguo portero del Valencia— llenan estos días los espacios que la prensa de Palma reserva a la actividad de Inca. Por los barrotes de la ventana —es mediodía, la hora de comer— vemos la amplia nave de una fábrica de calzado, ordenada, limpia, con lustre en las hornas y en las mesas. Entre los últimos tenderetes del mercado hay uno dedicado a azadas y rastrillos.

De Inca a Alcudia, el paisaje es reposado, azoriniño. Tiene algo de paisaje profundamente hecho por el hombre, que está presente en mil detalles. No en forma aparatosa, sino integrado en las norias, en los bencales, en las viejas casas sombreadas por la higuera. Recuerdo las afirmaciones —tanta paciencia y tanta calma— de la Sand. Y pienso que quizá las mujeres —veo a varias trabajando la tierra, con la plantilla de sus medias de algodón consumida, la carne hecha ya al contacto duro— tienen, probablemente, una parte considerable y antigua en estos resultados.

Estamos ahora muy lejos de Palma. Al otro lado de la isla, cerca de las murallas de Alcudia y del teatro romano de la antigua Pollentia. El turismo sólo está presente en los coches que pasan hacia Puerto Pollensa y Formentor.

El sábado, siguiendo los consejos del novelista Juan Bonet, he ido a las oficinas de Correos de Palma. La sala, habitualmente frecuentada por gente en vacaciones, estaba ocupada por obreros peninsulares. Todos estaban allí para girar unas pesetas a sus familias. Andaluces y murcianos en su mayor parte, los jóvenes iban recién afeitados y con las camisas limpias, como si estuviesen a punto de comenzar la holganza de fin de semana. Los viejos, por el contrario, llevaban gastadas ropas huertanas, sin duda porque tenían prisa por ahorrarse siquiera un poco. Dos empleados de correos llenaban los impresos de los giros a instancias de una ordenada cola. Algún obrero llenaba pacientemente su impreso con gesto concentrado.

el ocio

Ahora se habla bastante de la administración del tiempo libre. Durante siglos, el tema fue imposible por la sencilla razón de que los obreros no tenían tiempo libre que administrar. Al que se tocaba trabajar no le cabía sino hacerlo todo el tiempo que su cuerpo era capaz de aguantar.

Hoy, la progresiva reducción de las jornadas de trabajo y las vacaciones obligatorias —conquistadas en parte anuladas por el pluriempleo y los trabajos extras— plantea la cuestión de ocuparle al obrero su tiempo libre. En teoría, se supone que la sociedad ha de ofrecerle durante esas horas «en blanco» elementos para su formación y desarrollo. En Mallorca, tal supuesto se cumple muy escasamente. La actividad cultural de la ciudad, por ejemplo, es baja y está circunscrita a un grupo reducido. Hace falta mano de obra en los campos, en las obras, en los hoteles. Falta, pues, horas para el trabajo. Y, en las posibles horas libres, los miles de turistas son un entretenimiento más que suficiente.

Ha subido el confort, claro, y el nivel material de vida. Pero el campesino, o el obrero, o cualquiera de los que trabajan en los oficios que alimenta el turismo, carece de un medio cultural que les exprese. Este vacío general, naturalmente, no afecta al turista, que está viviendo unos días marginales, pero es grave para el permanente habitante de Mallorca, que llega a organizar su vida con una serie continuada de periodos provisionales.

Mallorca, en este sentido, cuenta con tres grupos bastante diferenciados: los turistas, la sociedad propiamente mallorquina y los peninsulares. Dado que las necesidades son distintas, el hecho de que sean los primeros quienes impongan las suyas a la isla, supone: que los mallorquines o se cierran sobre sí mismos, se inmovilizan, o se desar-

SIGUE



Vista parcial de Palma de Mallorca desde el puerto.



triumfo



ticular, y que los peninsulares se mantienen en un permanente desarraigo.

En líneas generales, claro, y salvadas todas las excepciones que se quieran.

el terrible señor gómez

La alta burguesía mallorquina padece una larga tradición crítica. Esta vez las palabras de la Sand son una especie de introducción, más o menos particular y personal, al tema. Aunque, naturalmente, la acritud, la exasperada violencia de la escritora francesa, sea, cuando la palabra la manejan los mismos mallorquines, una mezcla de ironía, amargura y humorismo. (En este orden hay que decir que esta minoría intelectual, más o menos perteneciente a tradicionales familias mallorquinas, cuenta con escritores y personas estupendas, no sé si desplazadas.)

El señor Gómez, propietario de Son Vent —la primera casa que ocuparon Chopin y la Sand en Mallorca—, es algo así como el corifeo del inhospitalario grupo de palmesanos adinerados con los que trató la escritora. Como llegase el invierno y las incomodidades —la humedad y el frío— de la casa agravasen el estado de Chopin, la situación se hizo difícil para el grupo. «Una mañana que estábamos muy preocupados por la duración de las lluvias y por nuestros otros sufrimientos entretreídos a éste, recibimos una carta del feroz Gómez, que nos decía, a estilo español, que teníamos una persona, la cual tenía una enfermedad que podía contagiar su hogar y que amenazaba prematuramente las vidas de sus familiares, en virtud de lo cual nos rogaba que abandonásemos el palacio lo más pronto posible».

Es seguro que en esta hostilidad hacia George Sand debió jugar un gran papel la condición un tanto pintoresca y la relación «ilegal» de la pareja. Una escritora acompañada de dos hijos, de una criada y de un músico tuberculoso, que no era su marido, tenían que asombrar en la Mallorca de 1838, donde nadie había visto todavía a una mujer con pantalones de hombre. Nosotros entendíamos el liberalismo de otra manera —trasladando los bienes comunales y eclesiásticos a la nueva clase capitalista, por ejemplo— y, en cualquier caso, a la Sand le faltaba el pudor de aguardar las apariencias.

«Miss Jacominia», la novela de Miguel Villalonga, retrato de la sociedad palmesana de fin de siglo, carga el acento en la hipocresía de muchos de sus personajes. Y «Mort de dama», la también buena novela de Lorenzo, hermano de Miguel, no deja de burlarse de la avaricia desatada por las posibilidades de heredar a la vieja dama moribunda.

En esta misma «Mort de dama» —defensivamente dedicada a los que no se enfaden— se habla de las nuevas relaciones que hubieron de surgir entre la buena sociedad palmesana, un tanto venida a menos, y el dinero del primer turismo económicamente digno de tal nombre. «Hoy, los forasteros pueden tener la seguridad de no ser apedreados ni devorados. Mallorca, indolente y perezosa, disocia la moral y empieza a admitir una especialización para uso del turismo, del mismo modo que ha admitido que se construyan hoteles confortables y pistas de tenis».

Esto lo escribía Villalonga en el 31. Después, el proceso ha seguido su curso. Las familias que poseían tierras costeras o situadas en lugares estratégicos han multiplicado su fortuna. Los propietarios de tales solares —hoy más ricos que los tradicionales dueños de los grandes predios agrícolas del interior— han entrado en potentes sociedades de hostelería. Otros han especulado con el alza de las tierras edificables. Otros han entrado u organizado cualquiera de los múltiples negocios que impulsa el turismo. El típico desprecio por el viajero desconocido —los primeros turistas decimonónicos llegaban a Palma como «sobrante de carga» en un busque destinado al transporte de cerdos—, siempre sospechoso de pobre, ha desaparecido en el plano de las relaciones económicas. Porque el turismo ha multiplicado el valor de las tierras, de los viejos caserones, de las propiedades de las clases acomodadas.

Dado que la disociación moral de que habla Villalonga es imprescindible, la sociedad mallorquina se las ha arreglado para que el bochornoso episodio Sand-Chopin no vuelva a repetirse. El turista es una mercancía sujeta a determinadas condiciones, que es preciso respetar. Cuevas, recuerdos, paisajes, todo entra en esa multiplicidad de tentaciones con las que se consigue su dinero. Cumplido el ciclo, la mercancía, el turista, se marcha, mientras el mallor-



Magdalena, ciudadana honoraria de la ciudad de San Francisco, cuida la casa donde nació fray Junipero Serra, fundador de las misiones de California. Las calles de Petra son silenciosas y sus casas de un color terrroso.



Turistas ante el piano que dicen que utilizó Federico Chopin en la Cartuja de Valldemosa. Allí, George Sand llevó al artista enfermo, alrededor de cuya estancia se ha ido tejiendo casi una leyenda romántica.

quin, supuestamente intacto, inicia la explotación del turista siguiente.

Sería, sin embargo, absurdo pensar que de estos contactos no hayan surgido importantes modificaciones. Basta considerar, a este respecto, la actividad mercantil modernamente desplegada por los un día señores de la isla de la Calma. El creciente desarrollo del complejo turístico demuestra que, aun contando con la colaboración de fuertes capitales no isleños, el propietario o el comerciante de la isla han trabajado tenazmente para sacarle el máximo partido a las ventajosas circunstancias. La aparición de «nuevos millonarios», un siglo atrás insospechados, ha alterado también el árbol genealógico de las grandes fortunas. El viejo contrabando ha pasado de la dorada edad del tabaco a operaciones mucho más complicadas, y si llegan a feliz término, más rentables.

Yo pienso que así como el campesino no ha sufrido más que modificaciones superficiales en su modo de ser —me refiero a ese campesino o campesina que nos mira desde la tierra cuando pasa nuestro coche—, las familias y el espíritu tradicionales están protagonizando una lenta pero radical transformación. Por más que parezcan cerrados sobre sí mismos.

Hoy, por ejemplo, resulta difícil pensar que Mallorca fue uno de los lugares donde la Inquisición alcanzó más tardías etapas de prosperidad y diligencia. En este orden destaca un personaje siniestro: el padre Francisco Garau, autor de la tremenda apología «La fe triunfante». Para comprender hasta qué punto la sociedad mallorquina ha sido sometida a una sacudida violenta, basta pensar que el padre Francisco Garau, delirante narrador de la quema de unos pobres judíos, tiene, en dos pueblitos de la isla, sendas calles dedicadas a su memoria.

Saco el dato de un prólogo a la obra de Lorenzo Moya, «El fogó dels jueus», ganadora del Premio Ciudad de Palma 1962 con el mucho más innocuo y sainetesco título de «Una brega de veinats».

«La fe triunfante» había sido publicada en las mismas puertas del XVIII, hace apenas doscientos cincuenta años. Los Autos de Fe eran públicos y, según cuenta Luis Ripoll, la buena sociedad asistía a ellos como si se tratase de una fiesta.

la extremadura mallorquina

Cuando se llega a Montuiri, camino de Manacor, Mallorca ha perdido gran parte de su dulzura. Este es ya un paisaje duro, donde se ven a veces anchas rastrojeras cubriendo la tierra de grandes alineaciones de higueras y de almendros. Villafranca del Bon-Amy conserva el mismo tono. Son puertos abiertos al sol, hechos para hombres del campo. Nuestro modesto «seiscientos» es una ostentación incómoda.

Son tierras que han conocido, durante largos períodos, el hambre, los salarios bajos, el paro y, claro está, la emigración. A finales de siglo hubo mes —concretamente en agosto de 1889, según un documentado trabajo de Antonio Barceló— en el que salieron de Manacor, rumbo a las Américas, hasta dos mil personas. Las cosas siguieron marchando mal tanto para los que se iban como para los que se quedaban. Ni América enriquecía al nada preparado ni protegido emigrante, ni las escasas fuentes de producción de la comarca contaban con los brazos necesarios.

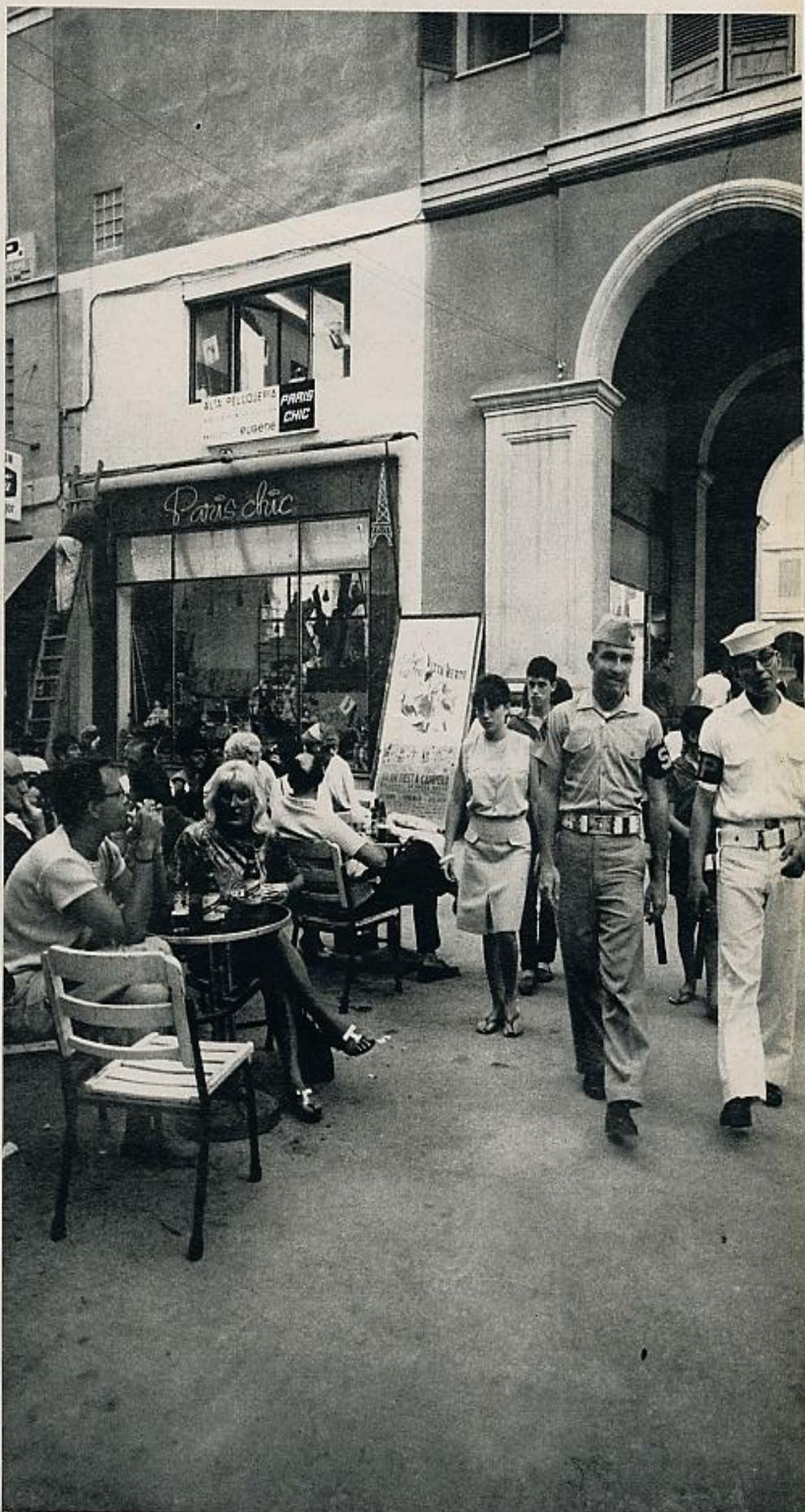
Fue esta terrible situación, este bajísimo nivel de vida y subsiguiente baratura de la mano de obra, la que impulsó el nacimiento del Manacor industrial. Es decir, de la primera gran fábrica de perlas artificiales, a la que luego seguirían otras más. Hoy, más de mil personas trabajan en esta industria, que produce un valor global de facturaciones semanales de unos diez millones de pesetas.

Petra está a pocos kilómetros. Y allí encuentra su explicación otro de los fenómenos históricos surgidos de esta Extremadura. Sus calles son silenciosas, de colores terrosos, con grandes puertas en arco. El blanco o el verde, apenas se ve. En una de esas calles hay una casa propiedad, desde 1932, de la ciudad de San Francisco. Es la modesta casa donde nació fray Junípero Serra, el fundador de una serie de misiones de California, entre las que estaría ésta de San Francisco, hoy propietaria de la casa y gran ciudad americana.

Fray Junípero Serra salió de Mallorca en 1749, predicando por última vez en el inmediato santuario de Bon-Amy, el 8 de abril de aquel año. La casa la cuida Magdalena, una amable mujer —su marido,

(Continúa en la pág. 60)

MALLORCA



Por las calles de Palma, turistas por todas partes. Y también esa pareja de policías navales yanquis que se encaminan hacia el viejo barrio que se abre en Casa Vallés, donde hacen frecuentes escalas los marineros.

(Viene de la pág. 37.)

que nos acompañó durante el rato que estuvimos en Petra, casi se ofendió cuando esbozamos el gesto de darle una propina— que tiene entre sus documentos el siguiente: «Yo, George Christopher, alcalde de la ciudad y condado de San Francisco, por la presente nombro a Magdalena de Mallorca hija ilustre de San Francisco y le hago extensivo, en nombre del pueblo y la ciudad de San Francisco, nuestro agradecido reconocimiento por sus servicios». La fecha: 24 de noviembre de 1958. El sueldo lo recibe mensualmente enviado desde California.

Es curioso ver que el turismo, que se dirige como una flecha hacia las cuevas del Drach —Manacor—, rara vez hace el desvío de Petra para ver la casa de fray Junipero. Cada cual, ya se sabe, busca una cosa distinta. Pero yo pienso que este duro pueblecito, con sus cuarenta obreras que van diariamente a una de

unos pocos, muy pocos, curiosos. La plaza Gomila tenía entonces sus grandes «estrellitas», su par de novelistas famosos —Vela y Gironella estaban entonces en Palma—, sus pintores y hasta sus artistas de cine. Aquel era un gran espectáculo.

Hoy, por el contrario, la plaza Gomila se ha democratizado. Ha sido ocupada por la nueva clase turística. Me refiero a un tipo de gente que, simplemente, está pasando sus vacaciones y que, unas semanas o unos días después, estará de nuevo trabajando. Todavía, claro, asoman a Gomila extravagantes rezagados. Pero llaman inmediatamente la atención, cosa que no hubiera ocurrido en otros tiempos.

En Gomila, un poco instintivamente, hicimos el punto de partida de la mayor parte de nuestras exploraciones. Hablamos allí con mucha gente. En

pasajero dos millones— se halla íntimamente ligado con el descenso de su edad media. Oficinistas, estudiantes, el standard de las «nuevas generaciones» occidentales ha ido a Mallorca. Por lo general, y esto es lógico, con poco dinero una vez pagados los viajes y reservados los gastos de estancia. Las pensiones se han visto solicitadísimo, mientras los grandes hoteles de lujo han tenido en todo momento alguna habitación disponible. Los apartamentos —una cama y un pequeño rincón donde guisar— están siempre llenos. Palma, con sus playas abigarradas, con su concentración de centros de diversión, con la posibilidad de ir de un lugar a otro a pie o en autobuses del servicio público, ha congregado a la mayor parte de este turismo joven.

Las consecuencias, en diversos órdenes, son claras. A la misma hora que en la playa de Illetes, cer-



Atardecer en Formentor, donde aún está remansado el aire del primer turismo. Frente a la Mallorca descubierta y disfrutada por los Más, la Mallorca de los Pocos...

las fábricas de Manacor, pone en nuestras manos un trozo, vivo, que se entiende, que impone su coherencia, del pasado y del presente de Mallorca.

gomila, plaza democrática

El 53 por 100 del turismo mallorquín se concentra en Palma. En este primer dato simplemente numérico —teniendo en cuenta, además, que la cifra total de turistas ha seguido subiendo— podría arrancar lo que vamos a llamar democratización de la plaza Gomila.

Yo recuerdo una Gomila llena de gente extravagante. La plaza, situada delante de Tito's, en el centro del primer gran ensanche turístico del puerto, era del dominio de personajes con ambición mitológica. La mayor parte de los que se sentaban allí tenían conciencia de su condición sobrehumana, aunque la misma se redujera, con frecuencia, a un atuendo inusitado. Solía ser una plaza de gentes marginales, de barbas aún chocantes, de hermosas muchachas nórdicas y

casi la totalidad de los casos, se trataba de personas que ya habían estado en Mallorca otros años y que querían gastar su dinero en ampliar al máximo los días de playa. En Gomila supe que, en una cafetería del Borne, podía comerse por veinticinco pesetas.

turismo joven

Pero no sólo hay que hablar de «turismo pobre». Esta característica económica es, entre otras cosas, la consecuencia de un fenómeno muy claro: la edad media del nuevo turismo.

Hubo un tiempo, aún cercano, en el que los ingleses o franceses que iban a Mallorca eran, por lo general, matrimonios, parejas o aspirantes o superhombres. Había también algunos jubilados, unos pocos ricos de salud delicada y, excepcionalmente, algunas familias completas.

El panorama de este verano del 65 es totalmente distinto. El aumento de la cifra de turistas —se espera que, sólo por aire, se alcance durante el 65 el

cana a Palma, se tostaba la gente en hacinadas filas de hamacas inmediatas, en un sitio tan fabulosamente hermoso como La Calobra —a unos 60 kilómetros de Palma— podía encontrarse una habitación libre, con pensión completa inferior a las trescientas pesetas.

El eboomo del turismo es, en algunos aspectos, el resultado de un acceso al mismo de la clase media y de la independización progresiva de la juventud.

palma de noche

Si el «eyeyelismo» es, en su punta más espectacular y vitalista, una manifestación de la desconfianza que sienten las nuevas generaciones ante el orden social y nuestro destino histórico, cabe pensar —según la teoría «evasiva» de George Sand— que su vocación turística posee una coherente y clara raíz. Si el mundo «eye-yé» —quizá no tan pintoresco y reducido como parece a primera vista, puestos a pensar que se trata de una actitud límite, donde se manifiesta lo que muchos otros mastican temerosamente y en silencio— se muestra insolidario, se vuelve de

espaldas, ante lo que podríamos llamar preocupaciones colectivas (de las que, dicho sea de paso, sale tanta materia dudosa hermosamente palabreada), habría que ver en su aventura turística toda una declaración de principios. Estos pequeños grupos de muchachos y muchachas, instalados en Palma, lejos de sus ciudades, sin saber o sabiendo muy poco español, estrechos de dinero, dispuestos a sentirse total y absolutamente libres, no hacen sino esuirse, o mejor, seguir huyendo de unos argumentos, unas palabras, unos nombres propios, unos esquemas, que no aceptan como reguladores de su existencia.

La vida nocturna de Palma ha registrado inmediatamente la presencia de estos nuevos turistas. Por ejemplo, y con independencia de la legislación española al respecto, el número de noctámbulos se ha reducido. Divertirse sistemáticamente todas las noches significa perderse la mañana de playa. Y este nuevo turismo, más joven y con menos dinero, no tiene ningunas ganas de perderla.

Existen, claro, numerosas parejas de recién casados, turistas acomodados, e incluso mallorquines, que se van, sin más, a bailar a cualquier sala de fiestas. Pero, dentro del volumen total del dinero que ingresa en la caja de dichas salas, éste es un porcentaje relativamente pequeño. Privan los grupos organizados por las agencias, como si fueran colegios de adultos en excursiones nocturnas. De los autocares descendiendo ordenadamente gentes de todas las edades —domina un tipo de mujer, no sé si solterona, viuda o sin marido, de unos cincuenta años, profundamente dispuesta a divertirse y a asombrarse— y se meten en la semivida sala de fiestas. «Ya están ahí», parece ser el comentario automático de los artistas, de los camareros, de los músicos. Y la sala se llena y se anima gracias a aquellos turistas que, al escribir su lista de gastos, han puesto en una línea: tanto para los cabarets. Ni un céntimo más. Aplauden, bailan un poco y se van a otra parte, otra vez en ordenada fila, dejando la terraza, medio vacía, a la espera de un nuevo grupo.

Si el orden económico de los turistas ha hecho de la vida nocturna de Palma una gran oficina, la enueva edad de una gran parte de los mismos ha determinado la existencia de nuevos centros de diversión. Por ejemplo, antes todos los locales buscaban vistas sobre la bahía. Parecía imprescindible que, mientras se tomaba la copa o se bailaba, se tuviese al alcance de la mirada la iluminada curva del puerto de Palma. Hoy, en cambio, han surgido una serie de locales de vaga ascendencia Saint Germain, como cuevas vueltas de espalda a la gran postal de Palma. En los bajos del molino inmediato a «Jack el Negro» se encuentra una de las salas de este tipo más frecuentadas. Luces rojas y escasas. Público totalmente joven. Un calor del demonio. Jazz en el tocadiiscos. Un aire de clan, como sabiendo que allí se está en otra parte.

Frente a la repleta cueva, los porteros, disfrazados de mallorquines tradicionales, del cercano «Jack el Negro», y aun las mismas parejas que van a esta terraza —mujeres con falda y hombres con corbata—, parecen personajes de ópera.

Una de la mañana. La gente joven llena sus salas oscuras, iguales a las que existen en sus ciudades de origen: «El Rodeo», «Whisky a Gogó», «La Cubana», «Índigo Club de Jazz». La gente madura baja de los coches de las agencias, parados frente a «Tagomago», «Jack el Negro» o «Rosales». Los hay que prefieren, sin embargo, los nuevos cabarets de aire provinciano y profesionales espectaculares. Independientemente, se baila en innumerables terrazcas de hoteles, clubs y parrillas, mientras el barquito lleno de luces da su tradicional vuelta por el puerto.

Dos de la mañana. El Arenal —el otro gran brazo turístico de la ciudad— está ya silencioso. Las últimas atracciones de las salas de fiestas de Palma han terminado y en las pistas de baile siguen sólo las parejas que no controlan las agencias.

Dos y media de la mañana. El terreno ha sido abandonado. Aún se ve a alguna amartelada pareja por el Paseo Marítimo. Aún cruza algún coche de los que regresan a casa o de los que se han despegado del ritmo general de la ciudad.

Los «marineros» de la Escudra anclada en el puerto encaminan ahora sus pasos hacia el viejo barrio, que se abre en Casa Vallés, antiguo café-concert en el que, como en «La Bohemia», de Barcelona, bailan decrépitas y sobrecogedoras atracciones del «género español».

Cien pesetas por el misterio

El primer día puede ya llegarse al «corazón de España». Cien pesetas nos prometen una corrida de toros y una sesión de flamenco con una copa de

vino. Por un poco más de dinero, incluso nos entregan, mientras «discurre la Fiesta», un cartel de toros en el que nuestro nombre alterna, por simple petición, con los de Ordóñez, «El Cordobés» o Luis Miguel Dominguín.

La placita es pequeña, pintada del blanco folklórico de España. Hay varios palcos adornados con sedas de rojo oscuro, que es —como se sabe— el color de la sangre en la arena. Tampoco falta el vistoso anillo rojigualda... Una voz previene por el micrófono que aquello que vamos a ver no es una auténtica corrida, sino un entretenimiento semejante al que practican en Andalucía los futuros toreros. Hasta suena un pasodoble —«España cañis», mientras los muchachos dan el pasello a los compases que remacha con sus castañuelas un vendedor que anda por el graderío. Se acaba el pasello y grita un clarín. Aparece un becerro, pequeño, con un cuerno caldo, architorreado. El muchacho compone la figura delante del becerro y éste, sin ningún miramiento, se lo lleva por el aire. Las primeras carcajadas estallan. Cada pase frustrado, cada batacazo subsiguiente, son seguidos de un clamor de risotadas. Los toreros, de veintitantos años cada uno, se esfuerzan por dignificar aquellos porrazos. Citan al becerro, se enfadan, hacen desplantes, simulan las diversas suertes, y la gente se ríe y aplaude simultáneamente con toda su fuerza. El becerro se retira disciplinadamente cuando le abren el toril. Los muchachos —es un eufemismo, porque son hombres que deberían tener ya su vida defendida— tienden las capas y cogen las monedas que les lanza el respetable turismo. Las monedas, a veces de diez céntimos, caen sobre la arena, que los diestros escarban procurando no descomponer la figura. Se oye todavía un último pasodoble.

Luego, las capas quedan sobre la arena, y se invita a los turistas a practicar el torero. Se lanzan unos cuantos. Y siguen las risas y los porrazos, ahora sin crueldad para nadie.

Junto a la placita, vino español y flamenco. Un numeroso grupo se ha colocado alrededor del escenario, protegido por una hermosa pinada. Rumbas. Flamenco ful para el turismo. O quizá un flamenco por camelos que tiene su sentido, su razón de ser y hasta su coraje. Allí están, en el establo, tres muchachas guapísimas encandilando a toda la expedición. Cuando, entre tanto surrealismo flamenco, se cantan y bailan en su sitio unos fandangos de Huelva, se siente, inevitablemente, una sacudida. Dan ganas de decirle a toda aquella gente que se marche y que deje el sitio a los que sepan que aquel modesto fandango es algo serio. Son cosas de nuestra gente, de nuestro pueblo, hechas muy de veras, que duele ver metidas en esa España por veinte duros.

Las playas de palma

Toda la enorme y espléndida bahía de Palma —desde Cala Brava a Magaluf— ha entrado en la nueva urbanización. Queda, por la parte de El Arenal, y muy cerca de lo que antes se llamaba «el casco urbano», la breve y triste Cala Portixol, con su barrio de casitas viejas y unos muros ruinosos que esconden varias chabolas de gitanos. Salvo ese trozo, desde Magaluf a El Arenal hay kilómetros y kilómetros de anchura carretera bordeada por el mar y por la nueva arquitectura del turismo. A un lado, miradores, pinadas o playas. Al otro, inmensos hoteles, con su multiplicación de terrazcas, cafeterías, tiendas de souvenirs, bailes, apartamentos, bares y hoteles y más hoteles. Illetas y El Arenal son las dos playas más concurridas. Las playas más populares. En las que, a menudo, la abundancia de gente obliga a moverse como en una calle céntrica. De la hamaca al mar, del mar vuelta a la hamaca, y de la hamaca al autobús o al barquito que hace el servicio Palma-Illetas. Los exhibicionistas —los que necesitan pasear un poco en bañador— de ambos sexos andan por la orilla como sobre la pasarela de los modelos.

La crecida más espectacular ha sido, sin duda, la de la parte de El Arenal (con sus tres playas fundamentales: Can Pastilla, Las Maravillas y El Arenal propiamente dicho), unos años atrás ala pobre de Palma. El Terreno, el ala rica, sigue conservando su dominio de las diversiones; pero hoy, el aumento del turismo y su nueva condición social, ha impulsado de modo fabuloso las un día playas para soldados, muchachas de última clase y un pequeño contingente adicional. Lo curioso es que, aun dentro de su impresionante crecimiento, El Arenal sigue conservando parte de su antiguo carácter. Sus playas son las primeras en llenarse. Sus bañistas, los de aire más provinciano. Sus centros de recreo (muchas noches eligen en ellos una «misma» entre el público familiar que los llena), los más ingenuos. Y el silencio llega bastante antes que en los alrededores de Gomila.

Mediodía. ¿Cuántos miles de extranjeros toman el sol entre Palma Nova y El Arenal?

MALLORCA

formentor

Desde Pollensa hemos empezado a subir por una hermosa carretera. Alguna vez nos parábamos para mirar la bahía, de castas blancas, manchas verdes y embarcaciones inmóviles en los azules del Mediterráneo. Sublimación, superdosis, de lo que pueda imaginar la más cándida de las damas nórdicas. Luego, en lo más alto, el impresionante mirador, cerca de Mal-Pas, ante la isla Colomer (Palomar), quería ser, sin conseguirlo, el contrapunto a tanta belleza paisajista femenina. Era, en definitiva, un esfuerzo inútil, por vertical y profundo que fuese el precipicio. Estábamos en la escenografía de otra obra, pero la sensación de teatralidad, de orden, seguía. (Por eso, precisamente, decía George Sand que ésta era una isla peligrosa para los pintores; todo estaba ya pintado, fijado, interpretado y puesto en su sitio.) Las máquinas fotográficas de los cientos de turistas que andaban por aquellas alturas no sabían hacia dónde disparar, aunque, como es de rigor, acabasen por retratarse unos a otros.

Formentor apareció como una diapositiva. Como la más hermosa y compuesta diapositiva del mundo. Costas dibujadas por la espuma, mar de un azul rubendariano, frescor presentado bajo los pinos, y, en el centro geométrico, la blancura del hotel asomando entre el bosque verde-oscuro.

Aquí está aún remansado el aire del primer turismo. A la playa de Formentor no han llegado las familias que vimos en Soller y Pollensa ni los enuevos jóvenes de El Terreno, ni el buen pueblo europeo de El Arenal. Es, todavía, y a pesar de los ocultos chalets que van creciendo en la loma, la Mallorca un día anunciada por el supermillonario argentino Adán Diehl, constructor del hotel, en la entonces aún increíble torre Eiffel. Es el lugar dominado por uno de los hoteles más caros del mundo. Es la tierra donde se levantan los chalets que hospedan a los pocos príncipes de sangre que van quedando, o donde descansan los reyes del capitalismo. Es, frente a la Mallorca descubierta y disfrutada por los Más, la Mallorca de los Pocos, cada vez más invadida por los revolucionarios eseicientos.

Lugar tradicional de reuniones y premios literarios —hay hasta una terraza que se llama Club de los Poetas, con un papagayo chillón en la entrada—, rincónes minúsculos con pequeños veleros, anchos paseos entre los árboles, jardines, pinos magnificados por la Naturaleza y por la literatura, escalinatas como de una decadente novela de Blasco Ibáñez, y viejos turistas que regresan pausadamente al hotel y que nos miran como a intrusos...

la gran verdad de mallorca

No puedo meter en unas líneas, lo que las más elementales guías de turismo dicen en muchas páginas. Mallorca es, en muchos aspectos, un tema inacabable. Es, por ejemplo, una tierra sobre la que pueden dibujarse infinitas rutas turísticas. Es, aun siendo geográficamente pequeña, una isla de larga descripción, dado que cada cala, cada puerto y cada ciudad tienen su encanto antiguo y sus realidades o esperanzas de revolución turística.

En aquellos pocos kilómetros cuadrados pueden encontrarse las costumbres más arcaicas —lé unos artículos de Jaime Adrover que más que crónicas parecían relatos medievales— junto a los niveles más modernos. El cosmopolitismo más auténtico al lado del provincianismo. Las prisas y la tranquilidad. La frialdad sistemática al lado de ese viejo y refinado sensualismo del buen y reposado hombre mediterráneo. Los multimillonarios y las mujeres que trabajan la tierra...

Con todo, yo quiero acabar este reportaje, de una Mallorca sacudida por el turismo, casi por donde empecé. Señalando la presencia de una realidad cultural, de un modo «mallorquino» de estar en el mundo, que subyace en la apoteosis paisajista.

Es absurdo amar una tierra sin interesarse por sus habitantes. Y quizá, a fin de cuentas, la fuerza de Mallorca esté ahí: en que si a muchos turistas, precipitados y organizados por esquemas standard, les ofrece las mejores postales en que vivir, a otros, a los que miran despacio, los conquista con un complejo de valores humanos —no siempre risueños— en los que uno se deja coger...